

Jóvenes y vida activa: mercado e instituciones

La configuración de un nuevo modelo de juventud y su caracterización son los objetivos básicos de esta aportación. A base de la presentación de un amplio abanico de datos empíricos se obtienen nuevas evidencias de cuáles son las tendencias de cambio llevadas a cabo por la juventud tanto en relación al trabajo, como a la educación. Apoyando estos argumentos también se alude a los ámbitos del consumo de tecnología, hábitos de ocio y relaciones de pareja de la juventud española.

Palabras clave: juventud, tendencias sociales, desempleo, educación-trabajo.

La juventud sigue acaparando la atención pública. Lo hace frecuentemente como si constituyera una masa humana homogénea. Los titulares en los medios de comunicación suelen hablar de 'la juventud' confundiendo así una edad con una clase o colectivo, cuando no se trata ni de una ni otra cosa. La sociología hace bien en distinguir cuidadosamente entre grupos, estamentos, estratos, clases, y lo que constituye una mera categoría social. La juventud, en toda su heterogénea composición, es una categoría. En cambio, la 'juventud inmigrante marroquí', las y los 'jóvenes de clase media urbana', las y los 'adolescentes vascos', las y los 'jóvenes en el paro en los barrios de Madrid', y así sucesivamente, responden a colectividades más identificables. Además difieren lo suficientemente entre sí como para merecer una atención específica y distinta en cada caso. No obstante, y como es natural, las y los jóvenes son objeto de un gran número de comentarios y de preocupaciones por parte de la población adulta.

El hecho bruto es que 'las y los jóvenes' siguen apareciendo como un colectivo problemático, que constantemente sorprende y que cualquier acontecimiento desagradable protagonizado por uno o algunos de ellos desata las alarmas sociales, fundada o infundadamente. Y ello no sólo en Europa y Norteamérica, sino en muchas regiones del mundo. Sin ir más lejos, la América Central y México, o todo el Norte de África.

En las observaciones que siguen, a pesar de estar muy conscientes de las notables variedades de las diversas juventudes, haremos cierta abstracción de ellas, e intentaremos responder a esa preocupación 'unitaria' por la situación de esa categoría a la que la imaginación ciudadana atribuye la cohesión de

(1)
 Agradecemos a Joan Gay la colaboración en la recopilación de la información y de los datos utilizados en este artículo.

un colectivo identificable y homogéneo. E intentaremos relacionarla con su integración en el mundo del trabajo y la ocupación, dejando de lado otras facetas de su imbricación en la sociedad a la que pertenecen.

Partamos del supuesto, ampliamente aceptado de que 'la juventud' está en situación crítica o problemática. Cabría entonces preguntarse por la naturaleza de la aparentemente perenne crisis social de la juventud o provocada por ella. Habría primero que definirla y saber a qué atenerse cuando de ella se habla. ¿Se trata de una reacción propia de cualquier época, de la sociedad adulta, ante la fuerza vital renovadora de cada nueva generación que intenta hacerse su lugar en la sociedad? Es decir, ¿podemos responder a ella con los argumentos clásicos de los filósofos sociales de los tiempos? O, más bien, ¿se han producido mudanzas en los procesos de socialización de las nuevas generaciones que problematizan la incorporación de las y los jóvenes a la sociedad adulta? ¿Se trata, alternativamente, de que el conjunto de la sociedad está sufriendo cambios que afectan a las relaciones sociales y que las y los jóvenes los sufren más intensamente por vivir de lleno su desarrollo? Pensamos que la correcta formulación de estas preguntas ayudaría a encontrar las respuestas necesarias.

La sociología debe enfrentarse siempre, y por definición, a objetos de estudio en constante mutación. En el caso de la juventud, su análisis se hace aún más complejo a causa de los radicales cambios que afectan a las y los jóvenes por el mismo hecho de serlo. Sin pretender abarcar toda la problemática de la juventud ni intentar encontrar la respuesta a todos los interrogantes planteados, en este ensayo señalaremos algunos de los cambios acaecidos entre las y los jóvenes, en los últimos 30 años, concentrándonos en la relación educación-trabajo para explicar algunas de las variables que ayudan a entender algunos de los problemas identificados y la necesidad de tomar conciencia de sus repercusiones sociales.

Está universalmente aceptado que ninguna sociedad que aprecie conseguir un nivel de bienestar y de cohesión social mínimo para ofrecer felicidad a su población es compatible con niveles altos de conflicto entre su población joven. La 'juventud conflictiva' si lo es en exceso y volumen se considera como un mal social grave, tanto para su propia condición como para el resto de la sociedad, que se siente amenazada o la percibe como un elemento de peligro y desestabilización. (Con las consecuencias desagradables que ello comporta: exigencias de 'mano dura' o represiva contra las y los jóvenes díscolos, levantiscos o presuntamente delincuentes, y demás actitudes represivas en ciertos ambientes influyentes.)

II

En España, desde la generación hija del boom demográfico de los años 60 a la generación del envejecimiento se produce una mudanza de contexto vital y colectivo que caracteriza a las generaciones actuales. Así, en los años 70 las y los jóvenes de 15 a 29 años representaban un 22,03% del total de la población, casi 40 años después, en 2008 este porcentaje ha bajado al 19,30%. (Nada puede contrastar más con zonas vecinas, como son las de la orilla Sur del Mediterráneo, donde la situación es inversa, y afecta al revés, vía emigración, a nuestra población joven global.) Naturalmente, no sólo se trata de una cuestión de volumen. También entran en ella profundos cambios en los

procesos de socialización, con la aparición de nuevas mentalidades juveniles y actitudes ante la vida, el trabajo y el ocio.

Durante la primera mitad del siglo XX la socialización de la juventud corría a cargo de la familia, el pueblo o barrio, la escuela, las iglesias, el trabajo, el ejército. A principios del siglo XXI corre a cargo, de la familia, los amigos, la escuela, el mercado a través del consumo, así como de los medios de comunicación e Internet. En muchísimos casos –como ha demostrado una y otra vez la indagación sociológica– la socialización a través de los grupos, peñas y ‘tribus’ juveniles es más intensa que la de la propia familia, lo cual introduce un cambio cualitativo en todo el panorama.

Tabla 1. **Evolución población joven**

| Edad | 1970 | 1991 | 1998 | 2005 | 2008 |
|------------------------|-------------------|-------------------|-------------------|-------------------|-------------------|
| 15-19 años | 2.709.330 | 3.339.572 | 2.932.132 | 2.371.423 | 2.354.504 |
| 20-24 años | 2.548.782 | 3.237.363 | 3.353.108 | 3.031.633 | 2.839.138 |
| 25-29 años | 2.239.532 | 3.104.329 | 3.254.698 | 3.842.364 | 3.714.625 |
| Total jóvenes | 7.497.644 | 9.681.264 | 9.539.938 | 9.245.420 | 8.908.267 |
| Total población | 34.040.989 | 38.872.268 | 39.852.650 | 44.108.530 | 46.157.822 |

Fuente: INE

Nota: Los datos referidos a 1970 y 1991 son censales y los de los años 1998, 2005, 2008 corresponden a la renovación del padrón municipal, por lo que no son directamente comparables.

El conjunto de la sociedad ha cambiado no menos profundamente. Desde una sociedad tradicional, estructurada entorno a la disciplina industrial y agrícola-rural de principios del siglo XX, siempre bajo el influjo de valores de clase y religiosos, supeditada a límites de escasez aguda en bienes y recursos, hemos pasado a una sociedad abierta, laica, en la que el mercado ha ampliado su ámbito de influencia, centrada en los valores del individuo como eje básico, y del consumo como fundamento de la identidad, organizada en entornos urbanos y de producción de servicios. Así pues estamos ante nuevas vías de socialización de las nuevas generaciones en una sociedad en rápida transformación de sus bases sociales, con la superación de la modernidad industrial hacia una sociedad del conocimiento cuya modernidad aún queda por definir y consolidar.

Es mucha mudanza para ser vivida sin conflicto y sin la desorientación de una sociedad adulta que intenta adaptarse a los nuevos contextos y que no sabe cómo transmitir pautas sociales claras en las que encuadrar e integrar la fuerza vital de las nuevas generaciones, las cuales intuyen y se adaptan mejor a los nuevos tiempos antes que la sociedad adulta haya sintetizado y consensuado los criterios de su socialización. Así pues todos, adultos y jóvenes, están aprendiendo y experimentando como vivir colectivamente la nueva sociedad que se construye a pasos agigantados.

No es pues de extrañar que los factores clásicos de socialización hayan reducido su capacidad de socialización, o que las y los jóvenes adopten una actitud de recepción distante deconstruyendo y reconstruyendo, desde sus experiencias, principalmente, lo que los agentes tradicionales de socialización les intentan transmitir. De esta manera generan una construcción personal,

que desde la perspectiva de los agentes de socialización tradicionales puede ser vista como incoherente, fragmentaria, heterodoxa, pero que para las y los jóvenes tiene la virtualidad de ser propias y a menudo con una coherencia interna difícil de percibir desde fuera, tal y como ha señalado Javier Elzo.

Del trabajo a la escuela, ésta ha sido la trayectoria histórica que han recorrido las generaciones pasadas y que ahora toca reconstruir en sentido contrario para las nuevas generaciones, después de uno de los avances sociales más logrados del siglo XX, la escolarización masiva de las y los jóvenes, obteniendo unos niveles de educación nunca conseguidos anteriormente.

III

El trabajo ya no es parte necesaria de la vida de las y los jóvenes

En un pasado afortunadamente lejano, para los países desarrollados, los niños/as y las y los adolescentes, muchos de ellos entorno a los 8 años, incluso antes, se iniciaban en las actividades laborales. Esa edad ha ido remitiendo progresivamente durante todo el siglo XX, de forma que en la mitad de los años 70 solamente algo más de la mitad de la población de 16 a 19 años era activa en el mercado de trabajo. Pero la crisis económica y del empleo, del 77 hasta el 86, entre otros efectos, ocasionó una retirada del mercado laboral de un gran número de jóvenes adolescentes, completando dicha evolución histórica y consolidando un nuevo modelo social en el que las y los jóvenes hasta edades mucho más tardías (25-29 años) no se incorporan de forma completa al mercado de trabajo. En 2009 sólo el 66% de los jóvenes de 20 a 24 años eran activos y uno de cada cuatro de 16 a 19 años estaba en el mercado de trabajo.

Esa exclusión acelerada del mercado de trabajo afectó a varias generaciones de jóvenes y ha marcado profundamente las condiciones sociales y la cultura de transición a la vida activa. Esa tendencia se reinvertió a finales de los 90 y en la década posterior, debido al gran crecimiento del empleo, pero con la crisis actual ha vuelto a aparecer el fenómeno de la retirada de los adolescentes jóvenes del mercado de trabajo hasta mínimos históricos.

Algunos datos sobre la relación de adolescentes y jóvenes con el mercado de trabajo aportan información sobre la situación de las y los jóvenes respecto al empleo.

Comparando la situación en 1977 antes de la crisis de reestructuración del orden productivo industrial con la actual se vislumbra un cambio radical.

Así, la incorporación de las y los jóvenes al trabajo en 1977, se desarrollaba en un contexto de bajas tasas de paro (4,78%) y baja tasa de actividad (51,42%) y de empleo (48,97%), con mercados laborales de una gran informalidad y aún con muchos españoles trabajando en el extranjero. En ese contexto los jóvenes adolescentes trabajaban casi como sus mayores (sólo 3 puntos de diferencia en la tasa de empleo). Casi la mitad de los jóvenes adolescentes de 16 a 19 años estaban empleados (45,71%) y la tasa de paro era de un 13,62%, nueve puntos por encima de la población total. Pero ya empezaba a dibujarse uno de los profundos cambios que deberían producirse en los años posteriores, la incorporación de la mujer al mercado laboral. A esas edades los chicos tenían una tasa de actividad y de empleo muy inferiores a los de la población total mientras que las chicas tenían unas tasas muy superiores.

Tabla 2. Tasas de actividad por edades y sexo

| Años y edades | Total | H | M | T | H | M | T | H | M |
|-----------------|----------------|-------|-------|-------------|-------|-------|-----------|-------|-------|
| | Tasa actividad | | | Tasa empleo | | | Tasa paro | | |
| 1977 | | | | | | | | | |
| Total población | 51,42 | 76,94 | 27,78 | 48,97 | 73,33 | 26,39 | 4,78 | 4,70 | 4,99 |
| 16-19 años | 52,91 | 59,32 | 46,36 | 45,71 | 51,51 | 39,77 | 13,62 | 13,16 | 14,22 |
| 20-24 años | 57,56 | 62,50 | 52,54 | 52,38 | 56,70 | 47,98 | 9,00 | 9,27 | 8,67 |
| 1987 | | | | | | | | | |
| Total población | 50,06 | 69,51 | 31,83 | 39,95 | 58,01 | 23,02 | 20,20 | 16,55 | 27,69 |
| 16-19 años | 38,32 | 39,55 | 37,03 | 19,31 | 21,68 | 16,84 | 49,60 | 45,19 | 54,53 |
| 20-24 años | 65,13 | 70,75 | 59,35 | 38,92 | 45,92 | 31,71 | 40,25 | 35,10 | 46,56 |
| 25-29 años | 74,87 | 91,92 | 57,80 | 56,05 | 72,10 | 39,78 | 25,24 | 21,56 | 31,16 |
| 1997 | | | | | | | | | |
| Total población | 51,45 | 64,94 | 38,70 | 40,79 | 54,48 | 27,86 | 20,72 | 16,11 | 28,03 |
| 16-19 años | 23,68 | 26,32 | 20,91 | 11,60 | 14,51 | 8,54 | 51,02 | 44,86 | 59,16 |
| 20-24 años | 58,40 | 61,67 | 54,99 | 37,59 | 43,06 | 31,89 | 35,63 | 30,17 | 42,01 |
| 25-29 años | 81,53 | 88,95 | 73,87 | 60,03 | 69,94 | 49,80 | 26,37 | 21,37 | 32,60 |
| 2007 | | | | | | | | | |
| Total población | 58,86 | 69,33 | 48,78 | 54,18 | 65,09 | 43,66 | 7,95 | 6,10 | 10,49 |
| 16-19 años | 30,30 | 35,83 | 24,34 | 21,47 | 27,21 | 15,41 | 29,13 | 24,28 | 36,70 |
| 20-24 años | 66,75 | 75,52 | 61,75 | 56,79 | 62,80 | 50,48 | 14,93 | 12,18 | 18,26 |
| 25-29 años | 85,85 | 90,76 | 80,61 | 78,75 | 84,62 | 72,49 | 8,27 | 6,76 | 10,07 |
| 2008 | | | | | | | | | |
| Total población | 59,76 | 69,64 | 50,25 | 53,52 | 63,32 | 44,08 | 10,44 | 9,07 | 12,28 |
| 16-19 años | 29,37 | 32,70 | 25,84 | 17,29 | 21,13 | 13,22 | 41,13 | 35,38 | 48,83 |
| 20-24 años | 67,49 | 71,87 | 62,93 | 54,75 | 58,78 | 50,55 | 18,88 | 18,22 | 19,66 |
| 25-29 años | 86,45 | 90,29 | 82,38 | 75,98 | 79,63 | 72,11 | 12,11 | 11,81 | 12,46 |
| 2009 | | | | | | | | | |
| Total población | 60,06 | 68,89 | 51,55 | 49,29 | 56,75 | 42,11 | 17,92 | 17,62 | 18,31 |
| 16-19 años | 25,56 | 30,17 | 20,68 | 11,17 | 13,04 | 9,19 | 56,31 | 56,79 | 55,57 |
| 20-24 años | 66,21 | 68,84 | 62,42 | 44,11 | 45,44 | 42,73 | 33,37 | 34,94 | 31,55 |
| 25-29 años | 86,16 | 89,36 | 82,78 | 67,89 | 69,21 | 66,50 | 21,20 | 22,55 | 19,66 |

Fuente: INE-EPA II Trim.

Nota: En 1995 y en 2005 hubo rupturas de la serie de la EPA por lo que las cifras no son estrictamente comparables en su detalle.

Entre las y los jóvenes de 20 a 24 años el comportamiento era parecido, tasas de actividad y de empleo superiores a las de la población total y más de la mitad estaban empleados, más que en el conjunto de la población. Es decir, el

empleo se basaba en el trabajo de los jóvenes y especialmente en la creciente incorporación de las chicas al empleo. La diferencia entre sexos se mantenía en la franja de los 20 a 24 años. Los jóvenes con tasas inferiores a la población total y las jóvenes con tasas muy superiores. Incluso la tasa de paro de las jóvenes era algo inferior a la de los jóvenes. Era el modelo de la progresiva socialización de las chicas a través del trabajo y la decreciente socialización a través del trabajo de los chicos. Pero en todo caso, entorno a la mitad de los jóvenes y adolescentes tenían una actividad laboral, un porcentaje similar al de la población adulta.

La reestructuración de la industria española con fuerte impacto en el empleo durará unos 20 años, hasta que no se superen los niveles de empleo de 1976, y afectará de forma definitiva a las pautas de los decenios anteriores

La situación en 2009 ha cambiado radicalmente. Con unas tasas superiores a 1977 de actividad total, inferiores entre los hombres y muy superiores entre las mujeres, con unas tasas de empleo casi iguales, muy inferiores entre los hombres y muy superiores entre las mujeres, y con unas tasas de paro casi iguales que antaño entre hombres y mujeres, pero muy superiores en ambos casos de las de la década de los 70. En este contexto las y los jóvenes adolescentes de 16 a 19 años han desaparecido del empleo, ya sólo uno de cada 10 jóvenes están empleados (13,04% en el caso de los chicos y 9,19% en el de las chicas). Entre los jóvenes de 20 a 24 años las tasas de actividad son superiores a las de los años 70, pero las de empleo son inferiores tanto para hombres como mujeres, sin embargo las tasas de paro se han triplicado. Uno de cada tres jóvenes activos está en paro, algo más para los hombres que para las mujeres.

Al entrar en 2010 el empleo cubre solamente el 30,77% de las y los jóvenes menores de 25 años, prácticamente uno de cada tres, y entre ellos el paro sube al 38,15% de la población activa de esa misma edad, más del doble del paro de la población total.

Mientras tanto ha sucedido un gran cambio en las condiciones de la transición de las y los jóvenes en su incorporación a la vida activa en esos treinta años, en los que se cruzan varias tendencias. Por una parte, una larga crisis de empleo de 20 años, que no se supera definitivamente hasta 1996 al sobrepasar los niveles de empleo de 1976. Por otra, una crisis demográfica, con una fuerte reducción de la tasa de natalidad a partir de la segunda mitad de los años 70 y que impacta en el mercado de trabajo hacia finales del siglo XX con una fuerte reducción de las y los jóvenes que se incorporan al mercado de trabajo. Por otra parte, una tendencia a la reducción de la actividad laboral masculina y un fuerte incremento de la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo. Finalmente una tendencia a la retirada de adolescentes del mercado de trabajo y de los hombres jóvenes pero no tanto de las mujeres jóvenes. La incorporación de jóvenes al mercado de trabajo cada vez es más igualitaria entre hombres y mujeres.

Los datos muestran que el mercado laboral ya no requiere el trabajo de jóvenes adolescentes y cada vez menos el de jóvenes de más de 20 años. Pero adolescentes y jóvenes se resisten a retirarse del mercado de trabajo. Entre 1997 y 2007 en pleno ciclo expansivo las tasas de empleo de las y los adolescentes de 16 a 19 años se han doblado y las tasas de actividad han aumentado fuertemente. Cuando el mercado laboral los necesita debido a un período expansivo y con restricciones de oferta de población en edad

de trabajar (1996-2007), los moviliza y las y los jóvenes se dejan movilizar, especialmente los jóvenes varones y de más de 20 años.

Ello significaría que el nuevo modo de incorporación de jóvenes al mercado de trabajo no está tan consolidado como pudiera parecer. Uno de cada cinco jóvenes de 16 a 19 y aproximadamente la mitad de los de 20 a 24 son potencialmente movilizables para el empleo si el mercado de trabajo los requiere, y uno de cada diez jóvenes de 16 a 19 años están permanentemente empleados sea cual sea el ciclo económico, y entorno a un 40% de los de 20 a 24 años. Ese dato es sumamente importante para relacionarlo con la otra variable que se comentará más adelante, ¿qué hacen las y los jóvenes sino están en el mercado de trabajo?

Antes de pasar a examinar la variable educativa, conviene recordar que no es menester entretenerse en este punto porque ya es de sobras conocido, que la incorporación de las y los jóvenes al mercado de trabajo se produce en condiciones de elevada flexibilidad laboral con empleos poco estables y normalmente en niveles más bajos de cualificación de los que corresponden a sus niveles formativos. Todos los indicadores apuntan a que las y los jóvenes entran “por debajo” en el mercado de trabajo, es decir la puerta de entrada al trabajo no es muy atractiva después de largos años de inversión en su preparación formativa y de cualificación. Aunque luego muchos consigan superar esa fase y alcancen niveles que corresponden a su inversión educativa y se muestran relativamente satisfechos de ello, otros no llegan a tal meta y se sienten profundamente frustrados. La inclinación, confirmada en diciembre de 2009, pero apuntada un año antes para algunas áreas, como Cataluña, de que uno de cada cinco jóvenes en el paro aspiran a ser funcionarios no hace sino confirmar los efectos colaterales de esa frustración, que aumenta su sensación de riesgo ante el mercado laboral e inclina a la búsqueda de empleos seguros.

Tabla 3. **Jornada laboral por edad de la población ocupada, porcentajes (IIº Trim. 09)**

| | Completa | Parcial |
|--------------------|----------|---------|
| Ambos sexos | | |
| Total | 87,06 | 12,94 |
| De 16 a 19 años | 61,11 | 38,89 |
| De 20 a 24 años | 76,84 | 23,16 |
| De 25 a 29 años | 87,23 | 12,78 |
| Varones | | |
| Total | 95,21 | 4,79 |
| De 16 a 19 años | 69,99 | 30,09 |
| De 20 a 24 años | 84,85 | 15,14 |
| De 25 a 29 años | 92,93 | 7,07 |
| Mujeres | | |
| Total | 76,49 | 23,51 |
| De 16 a 19 años | 47,79 | 52,08 |
| De 20 a 24 años | 67,95 | 32,07 |
| De 25 a 29 años | 80,97 | 19,03 |

Fuente: INE-EPA

La incorporación de las y los jóvenes al mercado laboral se realiza de forma parcial. Obtienen progresivamente la dedicación completa al mismo nivel de los adultos, para los hombres más allá de los 29 años y antes para las mujeres. Respecto al tipo de contrato la gran mayoría de jóvenes empiezan con un contrato temporal que va convirtiéndose progresivamente en fijo pero que no adquieren la misma proporción que para el conjunto de la población pasados los 29 años tanto para hombres como mujeres. Es decir, se entra al mercado de trabajo con niveles de elevada precariedad que va reduciéndose con el paso de los años y la veteranía en el empleo, hasta niveles parecidos a los de la población general entorno a los 30 años, con un grado de aceptación general relativa pero con un porcentaje de insatisfacción que es comparable con el colectivo de población que no llega a conseguir superar las condiciones precarias de ingreso.

Tabla 4. **Contrato laboral por edad de la población asalariada, porcentajes (IIº Trim. 09)**

| | Indefinido | Temporal |
|--------------------|------------|----------|
| Ambos sexos | | |
| Total | 74,76 | 25,24 |
| De 16 a 19 años | 30,64 | 69,36 |
| De 20 a 24 años | 48,28 | 51,73 |
| De 25 a 29 años | 62,32 | 37,68 |
| Varones | | |
| Total | 76,21 | 23,79 |
| De 16 a 19 años | 29,93 | 70,07 |
| De 20 a 24 años | 50,34 | 49,68 |
| De 25 a 29 años | 62,31 | 37,69 |
| Mujeres | | |
| Total | 73,04 | 26,96 |
| De 16 a 19 años | 31,59 | 68,41 |
| De 20 a 24 años | 46,06 | 53,94 |
| De 25 a 29 años | 62,34 | 37,66 |

Fuente: INE-EPA

Tabla 5. **Porcentaje de población ocupada según el grado de satisfacción en el trabajo, por nivel de formación. Año 2007**

| | TOTAL | Menos que primarios | Primarios | Secundarios | Universitarios |
|--------------------------------|-------|---------------------|-----------|-------------|----------------|
| TOTAL | 100,0 | 100,0 | 100,0 | 100,0 | 100,0 |
| Muy satisfecho | 21,0 | 23,1 | 20,3 | 20,0 | 23,6 |
| Satisfecho | 49,6 | 38,9 | 44,2 | 50,5 | 53,2 |
| Ni insatisfecho/ ni satisfecho | 26,5 | 34,0 | 31,0 | 26,9 | 21,0 |
| Muy insatisfecho/ insatisfecho | 2,9 | 3,9 | 4,5 | 2,5 | 2,1 |

Fuente: Encuesta de calidad de vida en el trabajo. Ministerio de Trabajo e Inmigración.

IV Crecimiento del capital humano juvenil

La universalización y la prolongación obligatoria de la escolarización hasta los 16 años y la presión para que las y los jóvenes continúen con las enseñanzas post-obligatorias de forma generalizada ha sido la fórmula para encuadrar socialmente a las y los jóvenes durante su largo proceso de aprendizaje para prepararse para unos requerimientos de cualificación mucho más elevados que en épocas anteriores. (Hacemos aquí abstracción de la crucial noción de la calidad de la enseñanza, y somos conscientes que el aumento rápido de escolarización suele ir a la zaga del aumento en calidad, pero no tanto que no sean significativas las cifras finales por lo que se refiere al aumento de capital humano.)

La Ley General de Educación del año 1970, y posteriormente la LOGSE de 1990, fueron los dos hitos que impulsaron la generalización de la escolarización, primero hasta los 14 años y luego hasta los 16 años y más.

Tabla 6. **Evolución de las tasas netas de escolarización**

| | Total | Hombres | Mujeres | Total | Hombres | Mujeres |
|---------|---------|---------|---------|---------|---------|---------|
| | 16 años | | | 19 años | | |
| 1986-87 | 60,6 | 61,9 | 59,2 | 33,3 | 31,9 | 34,7 |
| 1991-92 | 74,9 | 72,1 | 77,9 | 44,4 | 40,4 | 48,9 |
| 1996-97 | 82,6 | 80,4 | 84,8 | 54,0 | 49,6 | 61,2 |
| 2001-02 | 88,0 | 85,3 | 91,0 | 53,3 | 47,5 | 59,5 |
| 2006-07 | 87,6 | 84,8 | 90,6 | 53,7 | 47,2 | 60,5 |
| 2007-08 | 88,5 | 86,2 | 90,9 | | | |

Fuente: Cifras de la Educación en España. Estadísticas e Indicadores. Varias ediciones. Ministerio de Educación

Sólo en las dos últimas décadas se ha pasado de una tasa de escolarización a los 16 años del 60% al 88% de la población y al 90% en el caso de las chicas, y de un tercio de jóvenes escolarizados a los 19 años a algo más de la mitad, y en el caso de las chicas casi dos tercios del total. Es cierto que aún queda camino por recorrer para alcanzar los objetivos de escolarización total hasta los 16 años o el objetivo europeo de Lisboa de que el 80% de la población alcance como mínimo la educación secundaria, pero los avances en las últimas décadas han sido notorios.

Estos avances han repercutido en el nivel general de educación de la población en la que el 42,92% de la población de 16 años o más ha conseguido un nivel de secundaria completa post-obligatoria, o que entre la población ocupada de 25 a 64 años, el 59,42% haya conseguido el mismo nivel educativo. Los cambios respecto a las generaciones anteriores son de gran alcance. Entre la población de 55 años o más solamente el 19,82% ha conseguido un nivel educativo similar.

Ahora bien, el modelo de socialización escolarizada de la juventud presenta algunos rasgos que deben ser objeto de reflexión: su carácter obligatorio, las limitaciones del modelo y su convivencia con el desarrollo de las nuevas

Tabla 7. **Nivel de educación de la población de 16 o más años por grupos de edad (IIT09)**

| | Ambos sexos | | |
|---|-------------|--------|--------|
| | Total | 16-34 | 55 + |
| Total | 100,00 | 100,00 | 100,00 |
| Analfabetos | 2,32 | 0,63 | 5,40 |
| Educación primaria | 29,53 | 11,50 | 62,23 |
| Primera etapa de educación secundaria | 25,24 | 32,12 | 12,55 |
| Enseñanzas del bachillerato | 13,24 | 19,29 | 5,81 |
| Formación profesional de grado medio y superior | 13,46 | 18,13 | 5,17 |
| Enseñanzas superiores | 16,22 | 18,34 | 8,84 |

Fuente: INE-EPA

tecnologías y con los comportamientos consumistas bajo la presión de un mercado en expansión.

La obligatoriedad de la educación básica obedece al consenso de que este nivel de educación, hoy fijado en la educación secundaria obligatoria (ESO), constituye el nivel mínimo de educación que todo ciudadano necesita para poder desenvolverse en su vida profesional y social y que al mismo tiempo es el nivel de educación que la sociedad requiere de toda su población para alcanzar objetivos de funcionamiento normal de la propia sociedad. Por otra parte, también se pretende asegurar que las y los jóvenes se hallen bajo una tutela institucional cuando ni la organización empresarial del trabajo ni la familia puede asegurarla por sus propios medios. En la medida que dicha obligación se alarga y penetra en tramos de edad en los que las y los jóvenes ya gozan de niveles de autonomía personal y de libertad de acción considerables, la vivencia de la obligatoriedad educativa deviene conflictiva sino va acompañada de una profunda convicción de su interés y necesidad, como una opción personal, y sino encuentra satisfacción a sus expectativas e intereses. En todos los países desarrollados, la escolarización de las y los jóvenes a partir de los 12 años genera tensiones a las que las y los docentes y la institución escolar tratan de afrontar de la mejor manera posible.

Junto a todo ello, y a pesar de los avances, una parte muy considerable de la juventud no acaba de encajar en el sistema de escolarización, como se constata por su abandono o por no obtener las acreditaciones mínimas de la educación obligatoria, así como también por no proseguir estudios post-obligatorios. La tasa de idoneidad a los 15 años en el curso 2006-07 era de 57,4% de los alumnos. El 22,63% de los alumnos matriculados en el cuarto curso de ESO en el curso 2008-09 no terminó sus estudios. El abandono temprano de jóvenes de 18 a 24 años que no han completado la educación secundaria y que no sigue otro tipo de estudios o formación en el año 2007 era del 31%. El porcentaje de población entre 20-24 años que ha completado como mínimo el nivel de la segunda etapa de secundaria en el año 2007 era solamente del 61,1%. El 9,1% de las y los jóvenes de 16 a 19 años no están empleados ni están cursando ningún tipo de estudios.

Esas cifras son suficientemente elocuentes como para identificar que a pesar de la repercusión beneficiosa de la escolarización alargada de las y los jóvenes, aparecen limitaciones para porciones significativas de la población para los que el modelo no acaba de ofrecer los resultados esperados.

Cabría entonces preguntarse si se trata de un problema de progresiva adaptación de la totalidad del población al modelo de escolarización alargada, por lo tanto de necesidad de dejar pasar un mayor tiempo de adaptación de ciertos colectivos que presentan mayores dificultades ante el modelo debido a variables contextuales (culturales, familiares, económicas, sociales...) o personales. La diferencia de los indicadores presentados con el resto de los países europeos, podría afianzar esta hipótesis. Pero las dificultades que experimentan también estos países con variables contextuales más positivas en reducir las disfunciones del modelo de escolarización y las resistencias observadas en ciertos colectivos de adolescentes y jóvenes apuntarían hacia las limitaciones del propio modelo o como mínimo a la forma de su organización y funcionamiento.

Junto a las consideraciones anteriores es menester atender al contexto actual de fuerte penetración de las nuevas tecnologías en los medios juveniles, lo que les permite un acceso a la información y al conocimiento que hasta épocas recientes solamente la escuela podría ofrecer, o como mínimo, la escuela era el lugar más idóneo para acceder a este tipo de información y conocimiento.

El 96% de las y los jóvenes entre los 15 y los 29 años posee teléfono móvil. El uso personalizado de la tecnología tiene en el teléfono móvil su paradigma en el que la disponibilidad, privacidad e intimidad se articulan permanentemente.

Tabla 8. **Uso de las TIC entre 16 y 24 años. 2008**

| | |
|--|------------|
| Han utilizado el ordenador en los últimos tres meses | 92% |
| Han usado Internet en los últimos tres meses | 90% |
| Han usado Internet una vez por semana | 82% |
| Han realizado compras por Internet | 18% |
| Utilización del correo electrónico | 62% |
| Descargas de programas | 51% música |
| Búsqueda de estudios o formación | 32% |
| Tienen móvil | 98% |

Fuente: Informe Juventud en España 2008 y Adolescentes y jóvenes en la red: Factores de oportunidad.

Las actividades a través de la red están activando nuevas formas de relaciones y afectividades personales. Casi 6 de cada 10 jóvenes varones y 5 de cada 10 mujeres manifiestan haber iniciado relaciones por Internet.

El 67,3% de la juventud emplea Internet para aprender de forma regular o en todo momento, y también para la búsqueda de empleo. La juventud ha integrado Internet en sus vidas, mucho más allá de las funciones recreativas con las que tal relación suele asociarse.

Las y los jóvenes valoran de Internet el sentirse parte de algo y la oportunidad de relacionarse sin impedimentos. La red les da un sentimiento de poder y

la capacidad de poder autorregularse y modular su tiempo. Adolescentes y jóvenes a través de Internet consiguen una apropiación simbólica de una realidad con la que identificarse y sentirse parte del grupo generacional, y de paso del mundo.

Las y los jóvenes mantienen unas pautas concretas de uso de Internet, que describen nuevos patrones de ocio, ligado a la relación la asociación y la socialización y de acercamiento a la formación y a la búsqueda de empleo.

Estas pautas dan lugar a nuevas costumbres generalizadas, caracterizadas por la simplificación, la automatización lúdica y la estandarización de tareas que las TIC imprimen, junto con una valoración del tiempo libre “a la carta”, la educación integral (intercultural, multimedia, interdisciplinar e interactiva) y el trabajo en red, más interactivo, personalizado, independiente y creativo, como forma de realización en un mundo interdependiente que afecta directamente a los comportamientos y a su relación con el entorno escolar.

En cuarto lugar, habría que añadir los comportamientos de ocio y consumo bajo la presión de un mercado que ha descubierto en los jóvenes uno de sus franjas más expansivas.

La juventud suele idealizar el consumo como forma de realización personal y como forma de relacionarse socialmente en mayor medida que otros grupos de edades. El consumo permite sentirse integrados en el grupo, independientemente de su situación económica y de su percepción sobre la crisis. En esta “sociedad de riesgo”, todo es transitorio y percedero y el consumo actúa como refugio de la inseguridad. De esta manera se llega a una contradicción entre la necesidad de gastar y las dificultades que encuentran para satisfacer sus necesidades de consumo.

Hoy entre las y los jóvenes, el elemento vertebrador de las identidades en su posicionamiento en el consumo de ocio y mucho menos en el trabajo, como ya se ha visto, en comparación con otras épocas en las que para el mismo grupo de edad, desempeña un papel mucho más destacado.

V

La nueva relación educación-trabajo

Si el trabajo deja de ser una vía fundamental de socialización para las y los jóvenes, y la escolarización alargada presenta limitaciones para sectores significativos de la juventud, hay que plantearse cómo afrontar la necesidad de aumentar mucho más los niveles de educación de los jóvenes para hacer frente a los retos de una sociedad y una economía más exigente en términos de cualificación.

En nuestro análisis hemos constatado una transformación de la juventud española tanto en lo que se refiere a su composición interna como en su relación dentro de la estructura general del mercado de trabajo. La primera depende ahora en gran medida de unos procesos universales de escolarización y aprendizaje aunque sean aún desiguales según regiones, clases, y lugares, si bien la reducción de la heterogeneidad geográfica ha sido muy considerable, y los procesos de urbanización, entre otros, han afectado a toda la sociedad.

Nos encontramos ante una bifurcación. Como hemos visto, por un lado aumenta, con todas las matizaciones y salvedades necesarias, el nivel de

cualificación, aprendizaje y educación especializadas de muchos jóvenes. Por otro, el mercado no requiere de esta mano de obra especializada hasta edades superiores a los 20-25 años, salvo en proporciones muy reducidas.

Ante esta situación caben dos opciones distintas. Una, la que se está practicando en la actualidad, aceptando la situación del retraso de la incorporación de las y los jóvenes al mercado de trabajo, considerándolo como un déficit del mercado, deseando que algún día el mercado pueda requerir la mano de obra juvenil y mientras tanto motivar y orientar a las y los jóvenes a alargar su escolarización para completar al máximo su cualificación inicial, llegando como algunos recientemente han propuesto a alargar la obligatoriedad escolar hasta los 18 años, a sabiendas que se presentan dificultades reales de conseguir este objetivo para el conjunto de las generaciones jóvenes.

Esta opción concuerda, y está estrechamente relacionada, con la generación de un ámbito social juvenil que se retroalimenta asimismo, con fuertes dosis de consumismo y tecnología que se desarrolla prioritariamente en un hábitat escolarizado. Esa "burbuja juvenil" es vivida ambiguamente por las y los jóvenes, por un lado como una situación ampliamente gratificante, por los elevados grados de libertad que permite, y por otra como frustrante por el alejamiento progresivo de las oportunidades para ejercitar sus capacidades acumuladas. La transición a la vida activa se vive con ansiedad y preocupación y depende de la lógica del mercado. La socialización de las y los jóvenes transcurre conviviendo con sus iguales en un espacio juvenil que se halla muy alejado de la realidad social que la engloba. Es elocuente la visita a cualquier centro escolar de secundaria o superior para comprobar cual lejos se halla dicha "burbuja" de la realidad social y del futuro de los mismos jóvenes.

Otra opción, va en sentido contrario y tiende a acercar los dos mundos, el de los jóvenes y el del trabajo, partiendo también, de la aceptación de que el mundo laboral ya no requiere el trabajo de las y los jóvenes, pero considerándolo no como una falla del mercado sino como un hecho positivo que permite organizar de otro modo la transición de los jóvenes a la vida adulta, en la que necesariamente el trabajo ha de estar presente como actividad básica para el desarrollo del propio individuo y como marco de aportación a la riqueza y al bienestar colectivo.

Se trata de organizar el trabajo como actividad de las y los jóvenes, que no necesariamente el empleo, es decir las condiciones laborales establecidas por el mercado y por las relaciones laborales entre los agentes sociales para regular el concepto cultural de empleo. Los países del centro y norte de Europa, con tasas de paro juvenil muy inferiores a las españolas, llevan años desarrollando modelos de formación duales y de alternancia con regulaciones y mercados laborales específicos para jóvenes, en los que formación y trabajo se alternan entre la escuela y la empresa. Aunque en estos mismos países estos modelos están hoy en discusión, el debate se centra en como profundizarlos, es decir como abrir más la escuela a la vida social y al mundo laboral y como consolidar institucionalmente el compromiso de agente formador de aprendizajes del mundo laboral.

El desarrollo de las competencias y de los aprendizajes que requerirán las cualificaciones del futuro exige una mayor colaboración entre formación y trabajo y no lo contrario. Sin la estrecha relación del mundo laboral con

los centros de formación no es posible entrenar las competencias de los individuos con elevados resultados de competitividad.

Esta opción va al encuentro también de la exigencia de un aumento sustancial de la calidad misma de la educación, la formación profesional y de los estudios superiores que requiere más cercanía con la realidad profesional de los retos del desarrollo social y económico de las sociedades actuales.

Sin mejorar la calidad de la enseñanza, es decir, sin satisfacer esta parte esencial de la hoy aún problemática relación entre la educación y el trabajo, la sociedad española continuará sin romper el círculo vicioso que ha distorsionado y viciado su espectacular crecimiento y transformación de los últimos decenios. Una vez logrado éste, la batalla que hay que dar ahora, es la de la calidad. Los mercados en los que entramos, nacionales, europeos o mundializados, no van a permitir competir sin que afinemos más –mucho más– en la calidad de nuestro capital humano. (El de los mayores es mejorable –como lo prueba la educación de adultos– pero lo es sólo marginalmente, aunque los resultados en términos de aumento de productividad no sean despreciables). Pero lo esencial es el aumento en la calidad de la preparación y la educación juvenil para lograr su integración adecuada en el mundo del trabajo y de las oportunidades de vida. Lograrlo es lograr también la integración del propio país.

La transición de las y los jóvenes a la vida activa no puede dejarse sólo al albur del mercado. Debe organizarse también socialmente, teniendo en cuenta la función clave que para la socialización de los jóvenes adolescentes desempeña el trabajo. Por consiguiente debe ser enfocada no un modo estimulante, que evite la frustración y el desánimo. Debe entenderse como ese rito o prueba de paso necesaria para que cada joven ciudadano sepa labrarse un futuro ilusionante, que responda a sus intereses individuales pero que, a la vez, le haga consciente de sus deberes hacia la comunidad que ha sabido prestarle su apoyo y solidaridad durante sus años mozos, proporcionándole formación y aliento.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALONSO, L.E. (2005) La era del consumo. SXXI, Madrid.

CEDEFOP (2008) Future skill needs in Europe. Medium term forecast. Oficina de publicaciones oficiales de las Comunidades Europeas. Luxemburgo.

ELZO, J. (2006) Los jóvenes y la felicidad. PPC, Madrid.

GINER, S. y SARASA, S. (1997) Buen gobierno y política social, Ariel, Barcelona.

GINER, S. (2007) Los españoles Plaza & Janés, Barcelona.

HOMS, O. (2008) La formación profesional en España. Hacia la sociedad del conocimiento. Obra Social Fundación la Caixa. Barcelona.

LORENTE, F. et alrii (2004) Jóvenes, relaciones familiares y tecnologías de la información y la comunicación. Instituto de la Juventud. Madrid.

PRIETO C. et alrii (2009) La calidad del empleo en España. Una aproximación teórica y empírica. Ministerio de Trabajo-Fundación Cirem. Madrid (en curso de publicación).

RUBIO GIL, A. (2009) Adolescentes y jóvenes en la red: Factores de oportunidad. Instituto de la Juventud. Madrid.

VVAA (2008) Informe juventud en España. Instituto de la Juventud. Madrid.

